



Arquidiócesis de Córdoba
Fraternidad de Grupos de Oración
RCC - Escuela de Formación



HISTORIA DE SALVACIÓN
“ LA CREACIÓN ”



Obispo Trejo 29
Córdoba 5000



Consultas
secretariaecona@gmail.com



www.eventosrcc.com.ar
www.rcc-argentina.com.ar



Renovación Carismática
Católica Argentina -oficial



FRATERNIDAD DE GRUPOS DE ORACION
RENOVACIÓN CARISMÁTICA CATÓLICA
Arquidiócesis de Córdoba
Escuela de Formación RCC

PRIMERA PARTE

Historia de Salvación. El Nuevo Testamento a la luz del Antiguo Testamento
LA CREACIÓN

INTRODUCCIÓN

Los tres primeros capítulos del Génesis son una maravillosa introducción a toda la Biblia. La Historia de Salvación es una figura, un anuncio y una promesa de aquello a lo que Dios ha llamado a cada uno de nosotros: **ser transformados en Cristo**. La plenitud de los tiempos a la que Dios nos ha predestinado consiste en irradiar en nuestra vida la gloria de Dios, como brilla en el



rostro de Cristo. La Historia de Salvación es nuestra propia historia. Veremos “el drama del Paraíso” en tres grandes capítulos:

- 1°. Dios crea el universo que culmina con la creación del hombre a su imagen y semejanza. *“Todo estaba muy bien hecho”* (Gén 1, 31), resume la perfección de la obra divina.
- 2°. Es la contrapartida: el pecado del hombre rompe la armonía y la belleza de la creación.
- 3°. Se necesita un salvador que quite el pecado del mundo. Dios lo promete y su promesa es fidelidad.



Visión profética de los tres primeros capítulos del Génesis

1.- LA CREACIÓN

En el principio creó Dios el cielo y la tierra: Gen 1, 1.

Cuando nada existía ni el tiempo contaba, Dios rompió el eterno silencio con su Palabra creadora. La Palabra divina, viva y eficaz, dio comienzo a todo cuanto existe y vive.

Durante los tres primeros días separó los elementos de la naturaleza:



- luz y tinieblas
- aguas superiores e inferiores
- tierra y mar.

Comenzó su obra ordenando todos los elementos.

El orden no limita ni extingue la acción creadora de Dios; por el contrario, es el medio más favorable para que su poder se desenvuelva con mayor libertad y magnitud.

Los siguientes días estuvieron dedicados a ornamentar:

- el firmamento, con las gigantescas lumbreras celestes y las estrellas
- los mares, con los peces de todas clases,
- los espacios, con aves que revolotean en ellos
- y finalmente la tierra, con los ganados, las serpientes y las alimañas.

El sexto día, el más solemne, Dios coronó su obra creando al hombre y constituyéndolo señor de toda la creación.

¿Qué es el hombre? La Biblia nos descubre lo que somos para Dios. He aquí los elementos que encontramos en el relato inspirado:

A.- POLVO Y CARNE

Un manantial brotaba de la tierra y regaba toda la superficie del suelo. Entonces YHWH Dios formó al hombre con polvo del suelo: Gen 2, 6 -7a.

El hombre hunde sus raíces en el polvo del que fue formado. La materia no le es inferior puesto que él mismo es materia. El hombre es un ser limitado y debe aceptar, vivir y darle sentido a esa limitación.

B.- UN SER VIVIENTE

E insufló en sus narices aliento de vida y resultó el hombre un ser viviente: Gen 2, 7b.

En esa materia encontramos un principio de vida. El hombre no es sólo materia; le fue dada la vida.



C.- ESPÍRITU

El Espíritu da consistencia al compuesto carne-vida. Fuerza de lo Alto que mantiene en pie al ser viviente, que incluye algo sobrenatural y trascendente. El Espíritu capacita al hombre para comunicación con Dios y para comprender las realidades divinas.

Antes de seguir adelante, debemos anotar que el hombre no es un compuesto de partes, sino una unidad. Si lo dividimos es sólo para distinguir y dar a cada uno de sus componentes la importancia merecida.

Ahora llegamos a lo más íntimo del hombre:

D.- IMAGEN Y SEMEJANZA DE DIOS

Hagamos al hombre a imagen nuestra según nuestra semejanza...y creó al hombre a imagen suya a imagen de Dios le creó: Gen 1, 26 -27.

Todo el hombre es imagen y semejanza de Dios.

- **Imagen** (sélem: copia, reproducción exacta): Suscita la presencia real de aquello que reproduce. Es la representación de la realidad. En la televisión nosotros no vemos la realidad sino una imagen de la realidad. Vemos en una imagen.

- **Semejanza** (demut: parecido similitud): Incita a considerar distintos dos elementos que se parecen. Andrés y Pedro se asemejan entre sí por ser hermanos, pero son distintos el uno del otro.

El hombre es la representación visible de Dios (imagen), pero al mismo tiempo es diferente de Él. Sólo le es semejante. El hombre no es Dios.

Siendo imagen de Dios en el mundo, es la proyección de la vida divina. Por eso, para comprender a fondo nuestra realidad, debemos buscar las raíces de nuestro ser en Dios mismo. Y Dios, nos dice Él mismo, es:

- Comunidad. La comunidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

- Amor: 1 Jn 4, 8.

- Creador de todo cuanto existe.

Estas tres mismas características se reflejan en el hombre:

a.- El hombre-comunidad

Macho y hembra los creó: Gen 1, 27.

El género humano es hecho **comunidad**, como Dios es comunidad.

No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda "adecuada" (kenegdó): Gen 2, 18.

El término hebreo kenegdó, que se ha traducido por "adecuada", tiene un sentido más profundo. Significa "su correspondiente con quien encaja perfectamente", "su enfrente", "la parte complementaria de sí", "el otro yo".



Para que el hombre no se sintiera solo, comenzó la más maravillosa peregrinación que los ojos humanos hayan contemplado. Todos los seres de la creación se engalanaron para presentarse ante su señor. Sin embargo, el hombre se limitó a bautizar tanto a las cosas como a los animales, imponiéndoles nombre propio. Dar el nombre -en la mentalidad bíblica-

significa tomar posesión de, dar su sentido a, estar sobre.

Todos los seres de la creación le eran inferiores como para que pudiera contentarse con alguno de ellos. Como en toda creación no pudo encontrar su ayuda adecuada, su "kenegdó", entonces Dios intervino:

"YHWH Dios hizo caer un profundo sueño sobre el hombre el cual se durmió. Y le quitó una de las costillas...de la costilla que YHWH Dios había tomado, formó una mujer y la llevó ante el hombre. Entonces éste exclamó: Esta será llamada varona porque del varón ha sido tomada ": Gen 2, 21 -23.

El hombre encontró su complemento perfecto, su **kenegdó**, y reconoció, gracias a la diferencia, su identidad como hombre.

En este plan de Dios el hombre no es superior a la **mujer**. Ambos son de la misma naturaleza; dos seres que se complementan. Así lo sugiere el relato: "is", "issáh", (hombre, mujer) recalca la igualdad de naturaleza de los dos sexos.

El Papa Francisco en su discurso en Colombia habló sobre la dignidad de las mujeres en estos términos: “La esperanza en América Latina tiene un rostro femenino”.

No es necesario que me alargue para hablar del rol de la mujer en nuestro continente y en nuestra Iglesia. De sus labios hemos aprendido la fe; casi con la leche de sus senos hemos adquirido los rasgos de nuestra alma mestiza y la inmunidad frente a cualquier desesperación. Pienso en las madres indígenas o morenas,



*pienso en las mujeres de la ciudad con su triple turno de trabajo, pienso en las abuelas catequistas, pienso en las consagradas y en las tan discretas artesanas del bien. Sin las mujeres la Iglesia del continente perdería la fuerza de renacer continuamente. Son las mujeres quienes, con meticulosa paciencia, encienden y reencienden la llama de la fe. Es un serio deber comprender, respetar, valorizar, promover la fuerza eclesial y social de cuanto realizan. Acompañaron a Jesús misionero; no se retiraron del pie de la cruz; en soledad esperaron que la noche de la muerte devolviese al Señor de la vida; inundaron el mundo con el anuncio de su presencia resucitada. Si queremos una nueva y vivaz etapa de la fe en este continente, no la vamos a obtener sin las mujeres. Por favor, no pueden ser reducidas a siervas de nuestro recalcitrante clericalismo; ellas son, en cambio, protagonistas en la Iglesia latinoamericana; en su salir con Jesús; en su perseverar, incluso en el sufrimiento de su Pueblo; en su aferrarse a la esperanza que vence a la muerte; en su alegre modo de anunciar al mundo que Cristo está vivo, y ha resucitado.**

Hombre y mujer están íntimamente unidos en el plan de Dios: El hombre no podrá llegar a su plenitud prescindiendo de ella, pues a pesar de su amistad con Dios y ser rey de la creación, se sentía terriblemente solo.

En este sentido, parece que más que la mujer proceda del hombre, es el hombre quien procede de ella. Es Eva, quien hace que el hombre sea hombre y se reconozca como tal. La relación de unión y dependencia de la mujer con respecto al hombre no puede ser expresada con mayor claridad que con la imagen de que ella fue formada de una costilla del varón. Ciertamente ambos son interdependientes y se necesitan mutuamente.

b.- El hombre-amor

Al amar y ser amados se van a realizar ambos como personas. El hombre y la mujer son la imagen de Dios que es amor y que es comunidad. Así como en la divinidad encontramos tres Personas y una sola naturaleza, así también encontramos en el hombre y la mujer, la imagen de Dios, algo semejante: el

hombre y la mujer, siendo dos personas distintas participan de la misma naturaleza.

Pero, lo que unifica al hombre y la mujer, más que la naturaleza, es el amor que también es el **vínculo de unión entre las tres Personas divinas en la Trinidad**.

La imagen y semejanza que se refleja en la comunidad adquiere mayor interés cuando el amor también se proyecta entre el varón y la mujer. Hombre y mujer son una imagen muy bien lograda de la misma Trinidad. “Entre Dios y el hombre existe el mayor parentesco” (San Macario).

Nos dice el Papa Francisco en la Exhortación *Amoris Laetitia* sobre el amor en la familia:

La ternura del abrazo

27. Cristo ha introducido como emblema de sus discípulos sobre todo la ley del amor y del don de sí a los demás (cf. *Mt* 22,39; *Jn* 13,34), y lo hizo a través de un principio que un padre o una madre suelen testimoniar en su propia existencia: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (*Jn* 15,13). Fruto del amor son también la misericordia y el perdón. En esta línea, es muy emblemática la escena que muestra a una adúltera en la explanada del templo de Jerusalén, rodeada de sus acusadores, y luego sola con Jesús que no la condena y la invita a una vida más digna (cf. *Jn* 8,1-11).



28. En el horizonte del amor, central en la experiencia cristiana del matrimonio y de la familia, se destaca también otra virtud, algo ignorada en estos tiempos de relaciones frenéticas y superficiales: la ternura. Acudamos al dulce e intenso Salmo 131. Como se advierte también en otros textos (cf. *Ex* 4,22; *Is* 49,15; *Sal* 27,10), la unión entre el fiel y su Señor se expresa con rasgos del amor paterno o materno. Aquí aparece la delicada y tierna intimidad que existe entre la madre y su niño, un recién nacido que duerme en los brazos de su madre después de haber sido amamantado. Se trata —como lo expresa la palabra hebrea *gamul*— de un niño ya destetado, que se aferra conscientemente a la madre que lo lleva en su pecho. Es entonces una intimidad consciente y no meramente biológica. Por eso el salmista canta: «Tengo mi interior en paz y en silencio, como un niño destetado en el regazo de su madre» (*Sal* 131,2). De modo paralelo, podemos acudir a otra escena, donde el profeta Oseas coloca en boca de Dios como padre estas palabras conmovedoras: «Cuando Israel era joven, lo amé [...] Yo enseñe a andar a Efraín, lo alzaba en brazos [...] Con cuerdas humanas, con correas de amor lo atraía; era para ellos como el que levanta a un niño contra su mejilla, me inclinaba y le daba de comer» (11,1.3-4).

29. Con esta mirada, hecha de fe y de amor, de gracia y de compromiso, de familia humana y de Trinidad divina, contemplamos la familia que la Palabra de Dios confía en las manos del varón, de la mujer y de los hijos para que conformen una comunión de personas que sea imagen de la unión entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. La actividad generativa y educativa es, a su vez, un reflejo de la obra creadora del Padre. La familia está llamada a compartir la oración cotidiana, la lectura de la Palabra de Dios y la comunión eucarística para hacer crecer el amor y convertirse cada vez más en templo donde habita el Espíritu.

30. Ante cada familia se presenta el icono de la familia de Nazaret, con su cotidianidad hecha de cansancios y hasta de pesadillas, como cuando tuvo que sufrir la incomprensible violencia de Herodes, experiencia que se repite trágicamente todavía hoy en tantas familias de prófugos desechados e inermes. Como los magos, las familias son invitadas a contemplar al Niño y a la Madre, a postrarse y a adorarlo (cf. Mt 2,11). Como María, son exhortadas a vivir con coraje y serenidad sus desafíos familiares, tristes y entusiasmantes, y a custodiar y meditar en el corazón las maravillas de Dios (cf. Lc 2,19.51). En el tesoro del corazón de María están también todos los acontecimientos de cada una de nuestras familias, que ella conserva cuidadosamente. Por eso puede ayudarnos a interpretarlos para reconocer en la historia familiar el mensaje de Dios.

c.- El hombre-cocreador

El hombre es creador y responsable de la creación:

Y los bendijo Dios y les dijo: "Sean fecundos y multiplíquense, y llenen la tierra y sométanla. Dominen en los peces del mar y en las aves del cielo y en todo animal que serpea sobre la tierra": Gen 1, 28.

Dios quiso hacer al hombre partícipe de su acción creadora. Creación que no terminó el Shabbat cuando Dios descansó al ver que todas las cosas estaban muy bien hechas. Él reposó al confiar y participar su poder creador al hombre y encomendarle la obra de sus manos. El hombre es responsable de este mundo que le ha sido encomendado:

Tomó YHWH Dios al hombre y lo puso en un jardín para que lo labrase y lo



cultivase: Gen 2, 15.

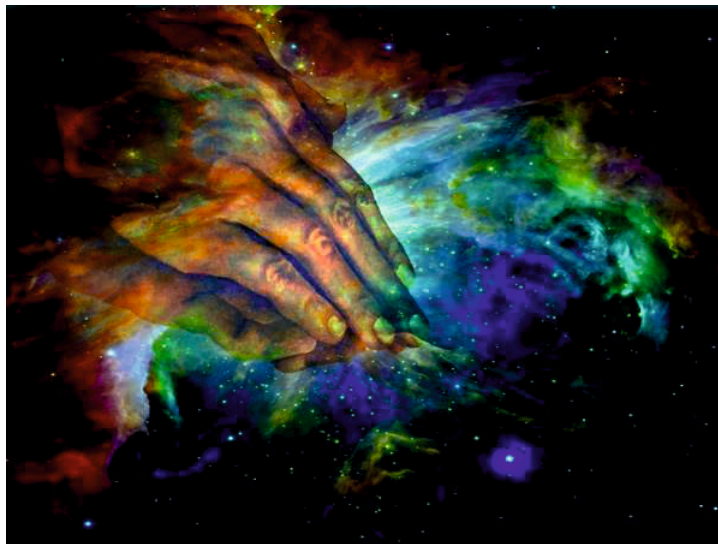
Lo hiciste señor de la obra de tus manos, todo fue puesto por ti bajo sus pies: ovejas y bueyes todos juntos, y aún las bestias salvajes, y las aves del cielo y los peces del mar que surcan las sendas de las aguas. Los cielos son cielos del Señor. La tierra se le ha dado a los hijos de Adán: Sal 8, 7; 115, 16).

Desde entonces el trabajo es esencial al hombre. El hombre para “ser” necesita trabajar. El hombre es hombre en la medida que realiza el plan de Dios: labrar la tierra, hacerla dar frutos cada vez mejores, construir la Nueva Tierra con la semilla de nuestro mundo. Dios creador, ha hecho al hombre cocreador, responsable de la creación. Estamos en el séptimo día de la creación.

Así fueron constituidos los cielos y la tierra con todo su aparato; y el día séptimo cesó Dios de toda tarea que había hecho. Estos fueron los orígenes de los cielos y la tierra cuando fueron creados: Gen 2, 1 -4a.

La culminación de este maravilloso proyecto divino es expresado con un superlativo:

“Vio Dios todo cuanto había hecho y he aquí que todo estaba muy bien hecho”: Gen 1, 31a.



HACIA UNA NUEVA VISIÓN ANTROPOLÓGICA DEL CUERPO



1. INTRODUCCIÓN

“Todo es tuyo Señor, que amas la vida”. (Sab. 11, 26).

El punto de partida del presente trabajo no puede ser otro que el postulado fundamental de la obra de referencia de Juan L. Ruiz de la Peña¹, esto es, la realidad unitaria del hombre. Postulado que, por otro lado, es recogido del original dato bíblico y rescatado magistralmente por el Concilio Vaticano II: *“En la unidad de cuerpo y alma, el hombre, por su misma condición corporal, es una síntesis del universo material, el cual alcanza por medio del hombre su más alta cima y alza la voz para la libre alabanza del Creador. No debe, por*

¹ Juan L. Ruiz de la Peña, *Imagen de Dios. Antropología Teológica fundamental*, Sal Terrae, Santander, 1988.

tanto, despreciar la vida corporal, sino que, por el contrario, debe tener por bueno y honrar a su propio cuerpo, como criatura de Dios que ha de resucitar en el último día” (G.S. 14). Carlo Rocchetta² afirma que este pasaje conciliar declara, “en una insuperable síntesis teológica”³, cómo toda la creación se recapitula en el hombre y se convierte en alabanza al Creador. Alabar a Dios significa darle gloria pues el que alaba participa de la belleza divina reflejada en la creación. En fin, el Vaticano II asevera que “el hombre es uno en cuerpo y alma”; la realidad más profunda del hombre es la de un yo encarnado que se percibe como carne animada o como alma encarnada. “La experiencia testifica, que toda acción, pasión o vivencia humana es corpóreo-espiritual, psicofísica, psico-orgánica”⁴. Además, para la justa valoración del cuerpo humano, es decisiva la fe en los dos misterios más grandes del credo cristiano: la encarnación y la resurrección de Cristo: “...lo que, según el Nuevo Testamento, define el ser humano no es ni un enunciado abstracto ni el ‘Adán’ del Antiguo Testamento, sino Jesucristo, ‘la imagen de Dios’, el ‘nuevo y verdadero Adán’”⁵

En este trabajo abordaremos el tema del ser humano y su corporeidad siguiendo las reflexiones de Carlo Rocchetta en su obra “*Hacia una teología de la corporeidad*”⁶.

2. EL CUERPO, SACRAMENTO O SÍMBOLO DE LA REALIDAD PERSONAL

² Rocchetta Carlo, *Hacia una teología de la corporeidad*, Ed. Paulinas, Madrid, 2000.

³ Idem supra, pág. 125.

⁴ Zubiri, X., *Sobre el hombre*, Madrid, 1986 citado en Juan L. Ruiz de la Peña, *Imagen de Dios. Antropología Teológica fundamental*, Ed. Sal Terrae, Santander, 1988, pág. 129.

⁵ Juan L. Ruiz de la Peña, *Imagen de Dios. Antropología Teológica fundamental*, Ed. Sal Terrae, Santander, 1988, pág. 83.

⁶ Rocchetta Carlo, *Hacia una teología de la corporeidad*, Ed. Paulinas, Madrid, 2000, capítulo V, “*El hombre y su cuerpo*”, pág. 125 ss.

“Formó Yavhé al hombre con polvo del suelo e insufló en sus narices aliento de vida y resultó el hombre un ser viviente” (Gén. 2, 7).

Lo que Dios forma del polvo no es el cuerpo, sino el hombre. Lo que Dios insufla no es el alma, sino el aliento (*nefes*). El resultado de esta acción creadora de Dios es el hombre-ser viviente. Esta condición terrena del hombre ilustra su nativa pequeñez y caducidad. *“Habiendo sido formado del barro, su complexión adolece de la misma fragilidad que caracteriza a la humilde vasija quebradiza. Y, lo que es más importante aún, su ser está en la misma relación de dependencia respecto del creador que liga la vasija al alfarero que la modeló. El hombre está en las manos de Dios como el barro en las manos del alfarero”*⁷. La creatura humana debe todo su ser, cuerpo y espíritu, y toda su capacidad de obrar a la libre acción creadora de Dios; el hombre no es el creador de sí mismo, es criatura. A Dios le debe todo su ser y su poder ser.

*“El pensamiento bíblico propone una visión integradora de las múltiples dimensiones del hombre. En lugar de una estructura dualista (alma-cuerpo, espíritu-materia), se muestra una estructura dialógica del tipo ‘yo-tu’”*⁸.

Por el cuerpo, el hombre se dice a sí mismo; el cuerpo es la mediación de todo encuentro. El cuerpo es el hombre manifestándose, el sacramento o el símbolo de la realidad personal.

Según el relato yavhista *“no es bueno que el hombre esté solo”* (Gén. 2, 18-20). En realidad, no es exacto que el hombre esté solo, ya es interlocutor de Dios. Lo que el texto insinúa es que, para ejercer de hecho esta interlocución trascendente, el hombre necesita un interlocutor inmanente. Para ser efectivamente el tú de Dios, Adán necesita un tú humano, un ser que le sea a la vez semejante y diferente; si fuera sólo semejante, réplica o doble, no sería su complemento; si fuese solo diferente, no sería su acompañante. El hombre recibe como puro regalo divino su completo y complemento: la mujer.

El ser humano logra su consumación en la medida en que se abre y se entrega; alcanza su identidad más profunda no cerrándose sobre sí, sino

⁷ Juan L. Ruiz de la Peña, *Imagen de Dios. Antropología Teológica fundamental* (Sal Terrae, Santander, 1988, pág. 32

⁸ Idem supra, pág. 49

dándose como don. Para que el hombre esté finalmente completo, es preciso este abrirse de su propio ser al otro. La intención del autor yavhista, en la descripción del origen de la mujer, apunta a subrayar el fenómeno de experiencia de la atracción mutua entre el varón y la mujer: *“Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne”* (Gén. 2, 23). El varón y la mujer son una sola carne, comunión de ser en dos personas distintas. Acogiendo a la mujer, el hombre acoge y asume su propia humanidad. Ahora está finalmente completo; es humano en la comunidad interpersonal, no en la soledad existencial. Con la creación de la mujer llega a su término la creación del hombre.

3. EL CUERPO COMO DON

La corporeidad es el signo de nuestra solidaridad con todo el proceso evolutivo del cosmos y por tanto, con el gesto creador de Dios, origen y causa de todo.

Vivir, para el hombre, quiere decir encontrarse en presencia del Dios creador que lo llama de continuo a la existencia y, por consiguiente, estar en relación con Él y ser amado por Él, dado que el mundo creado y la creatura humana no son más que la expresión de un amor libre y gratuito que quiere difundirse y hacer participar a otros del don de existir. Dios es el fundamento del ser: *“en Él vivimos, nos movemos y existimos”* (Hch 17, 28). Dios no ha de ser entendido como alguien que está “junto” a la creación, sino como presencia viva en el centro de lo creado y razón de ser de su existencia. La existencia humana, en este sentido, es ya un ser en Dios. Nuestra condición corpórea nos recuerda de continuo tal certeza, nuestra pertenencia a un mundo que Teilhard de Chardin ha calificado justamente como “ambiente divino”⁹.

La vida es un don, un talento confiado a nuestra libertad. Existir, para el hombre, quiere decir recibir de continuo la existencia de Dios. La corporeidad

⁹ Th. de Chardin, *L'ambiente divino*, Florencia 1968 (trad. Esp., *El medio divino. Ensayo de vida interior* Alianza, Madrid, 1989; citado por Rocchetta Carlo, *Hacia una teología de la corporeidad*, Ed. Paulinas, Madrid, 2000, pág. 134.

del hombre es el signo (sacramento) de una existencia dada. En esta visión el cuerpo aparece como signo visible de un Amor que nos precede y sigue en una medida infinita. La corporeidad representa la epifanía de tal benevolencia divina; una benevolencia que nos acompaña de modo constitutivo en todo aquello que somos y hacemos (excepto en el pecado). Esta corporeidad es por tanto expresión de un gesto personal de Dios creador, unido al espíritu: es un don suyo.

Descubrir todo esto implica reconocer que nuestra corporalidad, en lugar de ser un obstáculo para ir a Dios, constituye el lugar en que experimentamos nuestro ser como un don de lo alto. Tal certeza comporta el sentido de la coparticipación con los demás seres y con la creación entera. Nuestra corporeidad nos recuerda el sentido de la pertenencia a una común condición creatural en la que la limitación de nuestra misma realidad material es exigencia de comunión, de intercambio y de vida social. El mensaje de la creación proclama, que si el hombre es don, está, al mismo tiempo, empeñado en realizarse a sí mismo como don en el encuentro con los demás.

“Toda acción, incluso la más aparentemente insignificante, tiene en sí ya un valor religioso cuando se la vive como don recibido y don que re-donar y se transforma en motivo para alabar a Dios y reconducir todo a su gloria. Se verá como tal concepción adquiere toda su importancia en la revelación de Cristo, recapitulador del cosmos y del hombre para reconducir todo, en el poder de su Espíritu, al Padre: ‘todo es vuestro...vosotros sois de Cristo...Cristo es de Dios’ (1Cor 3, 22)”¹⁰

4. LAS CUATRO DIMENSIONES DE LA CORPOREIDAD

La cuestión sobre el origen del hombre y de su corporeidad implica la cuestión de la unidad de la persona humana como ser espiritual de dimensión corpórea. Espiritualidad y corporeidad forman en el hombre una unidad histórica indisoluble. Tal es la estructura profunda del ser humano: es un ser

¹⁰ Rocchetta Carlo, *Hacia una teología de la corporeidad*, Ed. Paulinas, Madrid, 2000, pág. 136.

espiritual-corpóreo, llamado a la unidad. Es lo que aparece de forma evidente en los relatos sacerdotal (Gén. 1,1-2,4a) y Yavhista (Gén. 2, 4b-3) de la creación, que constituyen como la carta magna de la antropología bíblica. *“El hombre aparece en los dos relatos como realidad unitaria. Frente a las antropologías dualistas, cuyo ideal consiste en dividir al hombre para liberarlo del peso de la materia, esta antropología propone una visión integradora de las múltiples dimensiones de lo humano en la unidad de su ser”*¹¹

Según el relato **sacerdotal**, el hombre es creado a imagen y semejanza de Dios (Gén. 1,27); tal creación no atañe solo a su ser espiritual, sino a toda su persona. También la corporeidad participa de la perfección y plenitud de la vida de Dios. El hombre lleva en sí la vocación nativa a la unidad: Dios es su unidad; la criatura humana refleja en sí esta unidad y tiende a ella con todo su ser.

El relato **yavhista** muestra a su vez cómo el hombre es llamado a realizar su existencia en un contexto de gran armonía consigo mismo, con el mundo creado, con el otro y con Dios. No hay contraposición o dualismo entre espíritu y cuerpo, sentidos e inteligencia, instintos y voluntad, conocimiento y comportamiento. El hombre aparece como una armonía viviente. Tal armonía es afirmada por el relato yavhista con una imagen de gran expresividad: *“el hombre y su mujer estaban desnudos, sin avergonzarse uno del otro”* (Gén. 2, 25). La desnudez vivida sin vergüenza alguna es el signo de la integridad del ser humano, hombre y mujer, salidos de las manos de Dios. La criatura humana no está hecha para la división, sino para la unidad. Será el pecado el que introduzca la división, el que separe lo que estaba unido, pero *“al principio no fue así”* (Mt. 19, 4-8). No por azar la nostalgia de la unidad es una de las necesidades más vivas e imborrables del corazón humano. Ya hemos citado el texto de Gaudium et Spes (Nº 14) que recoge los datos primeros de la antropología bíblica: el carácter unitario del hombre. En este texto, el tradicional binomio *alma-cuerpo* es retraducido con las expresiones *“interioridad”* (apertura

¹¹ Juan L. Ruiz de la Peña, *Imagen de Dios. Antropología Teológica fundamental*, Sal Terrae, Santander, 1988, pág. 49.

a Dios) y “condición corporal” (inserción en el mundo), para intentar superar una visión dualista del ser humano.

¿Cuáles son las dimensiones de la corporeidad humana en el contexto originario de Dios?

- A. El cuerpo y el yo personal (Dimensión epistemológica):** El cuerpo tiene una dimensión epistemológica esencial en cuanto es en él donde el hombre se conoce y conoce. No existe conocimiento humano, de sí mismo o de lo demás, sino a través del cuerpo. El cuerpo es el “lugar” expresivo y actuativo del ser humano; en él toman forma y se concretan sus potencialidades. La corporeidad es el campo manifestativo-actuativo del yo personal. En todas partes, el cuerpo participa en la realización total de la persona, la revela y la realiza. El cuerpo es el primer ámbito dentro del cual el ser humano experimenta y realiza su existencia. Con palabras de Ruiz de la Peña podríamos decir que el hombre, en tanto que “es cuerpo” por eso mismo es “expresión comunicativa del yo”¹². “Por el cuerpo el hombre se dice a sí mismo; el cuerpo es la mediación de todo encuentro, el hombre uno manifestándose, el sacramento o el símbolo de la realidad personal”¹³. Por ejemplo: toda forma de lenguaje (lenguaje hablado, gestual, supra-lenguaje, lenguaje colateral) es, en definitiva, expresión de la estructura corpórea de la persona humana.
- B. El cuerpo y el mundo creado (Dimensión mundanizante):** El hombre es un ser en el mundo: aun trascendiendo radicalmente el universo material, está constituido por los mismos elementos de lo creado. Nótese que Ruiz de la Peña destaca que “ser en” es más que “estar en”¹⁴. La corporeidad es signo de esta dimensión “mundana” de la creatura humana; una dimensión que aparece en ambos relatos del Génesis. Colaborador de Dios, el hombre vive en el mundo de la naturaleza, no como un rival del creador, sino como su representante,

¹² Juan L. Ruiz de la Peña, *Imagen de Dios. Antropología Teológica fundamental*, Sal Terrae, Santander, 1988, pág. 137.

¹³ Idem supra.

¹⁴ Juan L. Ruiz de la Peña, *Imagen de Dios. Antropología Teológica fundamental*, Sal Terrae, Santander, 1988, pág. 134.

empeñado en continuar su obra. El cuerpo es símbolo real de ésta condición histórica de potencialidad al servicio del desarrollo de la humanidad entera. El cuerpo es principio de la capacidad del hombre de dominar el mundo y de ponerlo a su servicio. Y en esta tarea se requiere el sentido ético, el sentido del respeto a la belleza de aquello que le rodea y sobre el que estamos llamados a obrar, representando un compromiso ético, dado que los recursos del universo han de ser acogidos como un don al servicio de la humanidad y no destruidos. Las opciones de intervención sobre la naturaleza ¿son para el hombre o contra el hombre? ¿Sirven para su auténtico desarrollo o lo contradicen?

- c. **El cuerpo y el otro/los otros (Dimensión social):** El ser humano es creado como un ser radicalmente social; se reconoce y realiza solo en el encuentro con el otro/los otros, compartiendo con ellos lo que tiene en la comunidad. Tal dimensión está presente tanto en el relato sacerdotal como en el yavhista. Respecto al primer relato (sacerdotal) es importante destacar que la expresión “*hombre*” (Gén. 1, 26) se encuentra en singular, pero tiene un significado colectivo, tanto que el verbo siguiente está en el texto hebreo en plural (“*dominen*”). El gesto creador se refiere pues, al ser humano como tal, a la humanidad compuesta de hombre y mujer. En efecto, el texto continúa: “*Dios creó al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, macho y hembra los creó*” (Gén. 1,27). “*Adam*”, el hombre, no es uno, sino dos; la imagen de Dios no está reflejada solo en un rostro, sino en dos , profundamente unidos en la identidad de la misma naturaleza humana y en la reciprocidad de ambos sexos, a tal punto que constituyen juntos la realización de la única imagen de Dios. Por eso el mismo mandato de “*dominar*” está dirigido a entrambos y, en ellos, a la humanidad como una tarea que llevar a cabo juntos.

El segundo relato (yavhista) insinúa que el hombre se encuentra solo y que en tal soledad se siente a disgusto, como incompleto (Gén. 2,18). Los demás seres que pueblan el jardín, no sacian la exigencia de comunión que advierte en sí. “*No es bueno que el hombre esté solo; le daré una ayuda apropiada*” (Gén. 2, 18-20). Una “*ayuda*

apropiada” significa un ser que puede estar ante él como un tú, igual en dignidad y al mismo tiempo recíproco. La mujer que Dios le presenta al hombre, elimina toda raíz de soledad, alcanzando en esa exclamación del hombre: “*tú eres mi tú*”, la reciprocidad del encuentro donde se reconocen como personas. El matrimonio aparece como la expresión eminente y más directa de la realización de tal reciprocidad. Pero más allá del matrimonio toda forma de encuentro con el otro, todo forma de amor y de comunión, de colaboración y de comunidad expresa la misma naturaleza social del ser humano. Este no está hecho para la soledad sino para la **comunión**.

- D. El cuerpo y Dios (Dimensión ético-religiosa):** El cuerpo es presencia y lenguaje de la creatura humana frente al Tú absoluto que es su creador. Los dos relatos del Génesis describen también esta dimensión. Tal experiencia de Dios y de su proximidad es hecha posible por la dimensión corpórea en la que se encuentra el hombre, el cual existe precisamente como expresión del más alto gesto de amor gratuito y deliberado de Dios de quien depende. La adoración se asienta en esta relación metafísica con el absoluto de Dios. El Vaticano II añadirá: “*la dignidad misma del hombre postula que glorifique a Dios en su propio cuerpo*” (G.S. 14). La verdad última de la existencia corpórea, creada a imagen y semejanza de Dios, se define por otra parte como reconocimiento y respuesta al Yo interpelante de Dios. El cuerpo del hombre y el cuerpo de la mujer representan el campo de los cometidos éticos que apelan a la libertad y a la proyectualidad de la criatura frente al Creador.

5. EL CANTAR DE LOS CANTARES: EL AMOR HUMANO COMO DON Y CELEBRACIÓN DEL GESTO CREADOR DE LOS COMIENZOS

El Cantar de los Cantares, es decir, el Cantar por excelencia, el Cantar más bello, canta en una serie de poemas el amor mutuo de un Amado y una Amada, que se juntan y se pierden, se buscan y se encuentran. Es una verdadera celebración de la belleza natural de los cuerpos, de los sentimientos y de la ternura de los protagonistas, hombre y mujer.

El Cantar es una colección de poemas de amor puestos en boca de una pareja en los cuáles se presentan los sentimientos propios de aquellos que se aman de verdad y que sienten que se deben el uno al otro. Por ello el ámbito es precisamente el amor y la ternura porque a través de las palabras del Cantar nos sumergimos en un mundo lleno de palabras e imágenes que intentan transmitir sentimientos profundos y si bien el lenguaje se torna forzado para decir lo indecible, sí podemos llegar a vislumbrar a través de conceptos, signos, metáforas, comparaciones que se expresan en el texto con una sensibilidad muy particular, los anhelos por el encuentro, tristezas por la separación, descripciones del cuerpo, la vibración de la unión sexual, la alegoría del desvelo por el ser amado, el miedo ante la pérdida del ser amado y mucho más. Todo esto en el marco de la vida y los desafíos de una sociedad hostil a su amor y a sus vivencias.

El Cantar se nos ofrece como un testimonio vivo de un amor verdadero. Con el correr de la lectura se verifica que lo erótico está estrechamente vinculado con la ternura y esta experiencia lleva a valorar lo más íntimo y privativo, lo más sagrado entre dos seres que se aman que es la unión sexual.

Estos poemas nos invitarán a adentrarnos en el mundo de “los sentidos”: los aromas, los sabores, el tacto, la belleza de las formas del cuerpo, el sonido suave y agradable de las voces, todo un universo de sensibilidad corporal.

“Fuego y ternura... amor compartido en todos los aspectos de la vida que exigirá un esfuerzo por crear ese amor de a dos, en cada oportunidad, gozosa

o dolorosa”¹⁵. A través de las páginas del Cantar elevamos nuestra sensibilidad a partir de dos seres que se amaron hasta lo más profundo. La Biblia nos ofrece estas páginas para que a partir de dos amantes, recreemos, renovemos, dignifiquemos y transformemos en nosotros el don más sublime que Dios por pura gracia nos ofreció y quedó revelado ya desde el Génesis: “...formó una mujer y la llevó ante el hombre. Entonces éste exclamó: ésta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne.” Gn. 2,23. ¡Qué bello primer Cantar bíblico de amor! En este don sublime de seres sexuados Dios nos ofreció otro don más excelente: el amor, 1 Corintios 12,31.

Es indudable que la lectura alegórica tradicional ha llevado a perder de vista un capítulo fundamental de antropología bíblica de abierta oposición a una visión boceto-maniquea del cuerpo y del amor humano.

A. La belleza del cuerpo

- La esposa dice:

Mi amado es apuesto y sonrosado,
se distingue entre diez mil.
Su cabeza es un lingote de oro puro,
sus cabellos son ramas de palmera,
negros como un cuervo.
Sus ojos son dos palomas
junto a una corriente de agua,
que se bañan en leche
y se posan sobre un estanque.
Sus mejillas son canteros
perfumados, almácigos de hierbas aromáticas.
Sus labios son lirios que destilan mirra pura.
Sus manos, brazaletes de oro,

¹⁵ Pablo R. Andinach, *Cantar de los Cantares, el fuego y la ternura*, Ed. Lumen Buenos Aires, 1997, pág. 12.

adornados con piedras de Tarsis.
Su vientre, un bloque de marfil,
todo incrustado de zafiros.
Sus piernas, columnas de alabastro,
asentadas sobre bases de oro puro.
Su aspecto es como el Líbano,
esbelto como los cedros.
Su paladar rebosa dulzura
y todo en él es una delicia.
Así es mi amado, así es mi amigo,
hijas de Jerusalén. (Cantar 5, 10-16)

El primer dato que emerge, es la conciencia del cuerpo como metáfora descriptiva de la belleza de la persona amada. El canto de la esposa en honor de su esposo, como vemos, no tiene signos de inhibición al asumir el cuerpo del amado, con cada una de sus partes, como símbolo de belleza y de placer. La esposa habla con entusiasmo del cuerpo del amado y lo describe en su desnudez física, de la cabeza a los pies. Esta belleza descrita, es vista como un símbolo de la persona total o de su armonía interior. La desnudez es acogida como expresión de una armonía más profunda, según el mensaje transmitido por Gén. 2, 25 con referencia a la condición de los progenitores antes del pecado original.

- El esposo dice:

¿Por qué miran a la Sulamita,
bailando entre dos coros?
¡Qué bellos son tus pies
en las sandalias,
hija de príncipe!
Las curvas de tus caderas
son como collares,

obra de las manos de un orfebre.
Tu ombligo es un cántaro,
donde no falta el vino aromático.
Tu vientre, un haz de trigo,
bordeado de lirios.
Tus pechos son como dos ciervos
jóvenes,
mellizos de una gacela.
Tu cuello es como una torre
de marfil.
Tus ojos, como las piscinas de Jesbón,
junto a la puerta Mayor.
Tu nariz es como la Torre del Líbano,
centinela que mira hacia Damasco.
Tu cabeza se yergue
como el Carmelo,
tu cabellera es como la púrpura:
¡un rey está prendado de esas trenzas!
¡Qué hermosa eres, qué encantadora,
mi amor y mi delicia! (Cantar 7, 2-6)

El esposo descubre la belleza del cuerpo de su amada y lo describe en términos de extraordinario lirismo, empezando desde abajo hasta el rostro. A esta descripción sigue el deseo ardiente de la esposa *“Tu talle se parece a la palmera, tus pechos a sus racimos. Yo dije: Subiré a la palmera, y recogeré sus frutos. ¡Que tus pechos sean como racimos de uva, y tu aliento como perfume de manzanas”* (Cantar 7, 7-9). La experiencia estética del cuerpo de la amada es vivida de modo libre espontáneo. En el diálogo admirativo de los enamorados, el cuerpo se convierte en el centro localizado de un reconocimiento recíproco y de una viva experiencia de encuentro. Los protagonistas

del cantar se enamoran de una persona, la cual es corpórea. Aman el cuerpo de la persona amada en cuanto es de esta persona. La atracción sexual se ejerce a partir de toda la corporeidad. Es el impulso sexual el que moviliza la proyección somática psico-física mutua. El cuerpo provoca amor porque es un cuerpo personal. *“El misterio insondable de la relación sexual, es parábola del misterio insondable de la relación teológica”*¹⁶

B. El cuerpo como comunicación

Habla mi amado,

y me dice:

“¡Levántate, amada mía,

y ven, hermosa mía!

Porque ya pasó el invierno,

cesaron y se fueron las lluvias.

Aparecieron las flores sobre la tierra,

llegó el tiempo de las canciones,

y se oye en nuestra tierra

el arrullo de la tórtola.

La higuera dio sus primeros frutos

y las viñas en flor exhalan su perfume.

¡Levántate, amada mía,

y ven, hermosa mía!

Paloma mía, que anidas

en las grietas de las rocas,

en lugares escarpados,

muéstrame tu rostro,

déjame oír tu voz;

¹⁶ Juan L. Ruiz de la Peña, *Imagen de Dios. Antropología Teológica fundamental*, Sal Terrae, Santander, 1988, pág. 37.

porque tu voz es suave

y es hermoso tu semblante”.

La amada

¡Mi amado es para mí,

y yo soy para mi amado,

que apacienta su rebaño entre los lirios! (Cantar 2, 10-16)

El encanto por la belleza del cuerpo (masculino o femenino) está encaminado a la “comunicación”. El cuerpo es metáfora de encuentro y de comunión de corazones. Todo el Cantar está estructurado sobre la lógica de un movimiento de apertura del amado/a, con la renuncia a una relación yo-tú de tipo posesivo y la búsqueda de un amor que se vuelva acogida y don recíproco. Toda la creación participa del gozo del encuentro. Su encuentro es una invitación a dejarse amar, a saborear el amor; ninguno de los dos se apodera del otro en forma posesiva, son que se dan mutuamente el uno al otro. Existe solo el deseo del amor intenso, fortísimo.

El cuerpo es plenamente lenguaje, comunicación, lugar de encuentro e intercambio. El cuerpo es presencia y diálogo, transparencia y visibilidad, encuentro y comunión de corazones.

c. Palabra y cuerpo:

La “palabra” desempeña un rol particular en la realización de este encuentro. En el Cantar de los cantares el deseo de unión físico-corpórea, está acompañado y expresado continuamente con la palabra. El lenguaje asume todo su carácter simbólico de una experiencia interior misteriosamente incomunicable. La palabra encierra la tensión de la corporeidad y la manifiesta. La sexualidad no es negada ni ocultada, sino más bien desvelada por la palabra y pronunciada en toda su potencialidad de amor, de deseo y de encuentro. La palabra se vuelve pasión: *e-vocación*, *pro-vocación*, *convocación* al encuentro amoroso:

¡Ah, si tú fueras mi hermano,

criado en los pechos de mi madre!
Al encontrarte por la calle
podría besarte,
sin que la gente me despreciara.
Yo te llevaría a la casa de mi madre,
te haría entrar en ella,
y tú me enseñarías...
Te daría de beber, vino aromatizado
y el jugo de mis granadas.
Su izquierda sostiene mi cabeza
y con su derecha me abraza. (Cantar 8, 1-3).

En el Cantar nos hallamos frente a un lenguaje amoroso que fascina al lector, ya que amasa, moldea y decora con detalles al amor hasta darle vida no dos seres que se aman; drama sencillo y amoroso, en el que los personajes de segundo orden quedan al margen (doncellas, jóvenes, amigos, madre, rey, soldados...). Lo importante es dejar lugar al amor humano como eje del Cantar. Como dice Nancy Pereira “*amor exige capacidad contemplativa. Exige lentitud y descuido para que el deseo recorra los límites internos del alma y de la medula, de las entrañas y del corazón. El amor exige ejercicio y atención, desparramados en las horas del día. El amor es también relación, los sentidos son relación. Mi mano en la otra mano, mi boca en la otra boca, mi nariz en otro pescuezo. Mi mano en las entradas y dobleces. Mi oído en sus cuerdas vocales. En el amor un cuerpo conoce al otro en una relación entre iguales totalmente diferentes y mi diferencia se abre en la otra diferencia. En la relación con el otro totalmente diferente yo aprendo que el mundo no comienza en mí, y hay tanto por conocer. El amor es la aceptación de la provisoriedad: Encarnación. Es que el amor despierta la palabra. Decir la experiencia, prolongarla en las cartas, en los poemas, las canciones, los susurros, y de la palabra a la acción. La seducción y el deseo expresados en los pequeños planos que se irán del presente y se atreven a querer un futuro*

gozoso, pleno y feliz. Más que proyecto personal, el amor es tomar posición... verticalidad y horizontalidad. Circularidad hermenéutica. Interpretación de nosotros mismos. Comprensión del otro. Compromiso con la vida.”¹⁷

6. CONCLUSIÓN

Recapitulando el camino recorrido, el hombre entero, en definitiva, es alma y a la vez cuerpo, alma encarnada y materia animada, espiritualizada. No le es lícito, entonces, al hombre ante su propio cuerpo, ni tener una actitud denigratoria, ni caer en la re-sacralización neopagana del cuerpo ya que *“la fe en la resurrección, y no el culto pagano e idealista del cuerpo, es la más alta forma de fidelidad a éste y el más eficaz antídoto contra su depreciación”¹⁸*

El propósito de este trabajo ha sido poner de manifiesto que sólo asumiendo, desde una actitud positiva, la propia corporalidad, sólo reconciliándose con su propio cuerpo, con todo lo que ello implica (dimensiones psico-biológica, sexual, genital, histórico-espacial), podrá el hombre construir una armónica síntesis personal y una firme espiritualidad encarnada que integre cuerpo y alma, mundo y vida espiritual, compromiso social y experiencia de Dios.

El Cantar de los Cantares recupera la verdadera vocación de plenitud corporal y espiritual a la que está llamado el hombre -varón y mujer- que consiste en reproducir la gran parábola de la comunión en contra posición a una visión deteriorada del cuerpo, de la sexualidad y del erotismo que lleva a un empobrecimiento de las realidades corporales con su consecuente insatisfacción y sentimiento de fracaso.

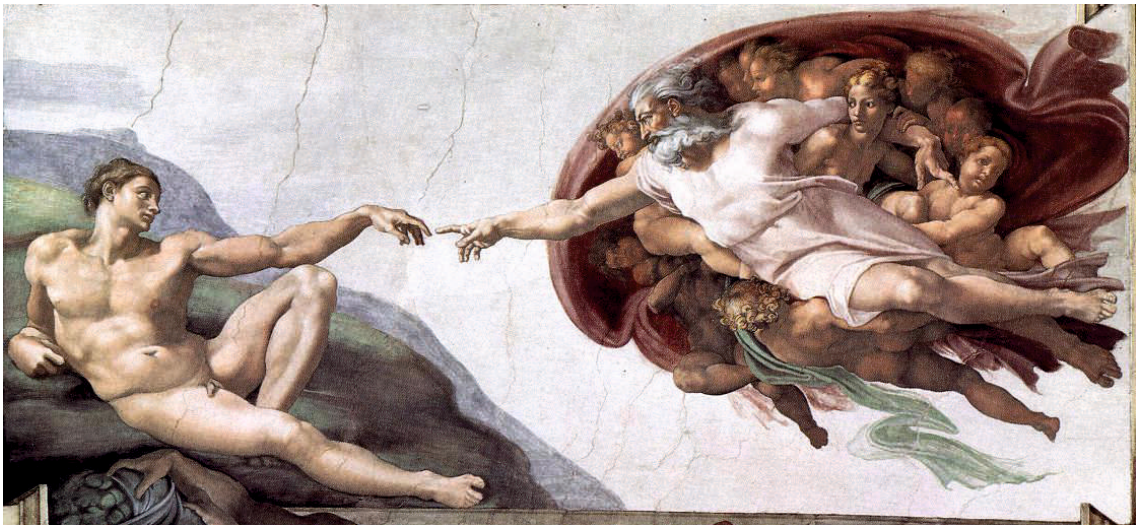
La corporeidad representa la epifanía de la benevolencia divina. Esta corporeidad, desde el rostro hasta los sentidos, desde la afectividad hasta el pensamiento o el lenguaje, es un don del amor creativo de Dios; por eso todo

¹⁷ Nancy Cardoso Pereira, *¡Ah!... Amor en delicias*, Revista de Interpretación bíblica latinoamericana, N°15, 1993, pág. 59-74.

¹⁸ Juan L. Ruiz de la Peña, *Imagen de Dios. Antropología Teológica fundamental*, Ed. Sal Terrae, Santander, 1988, pág. 138

ser humano es sagrado e inviolable. En Cristo, en quien *“habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad”* (Col. 2,9) alcanza el cuerpo humano su verdadera dimensión acorde al misterioso designio salvífico de Dios. Cristo, hombre entre los hombres, ha venido a confirmar decisivamente el valor absoluto de la persona humana: pues de cada hombre puede decirse con verdad, que por él murió el Hijo de Dios en persona; *“el precio de cualquier ser humano es la vida del Dios encarnado”*¹⁹.

Adriana González (OV)



¹⁹ Juan L. Ruiz de la Peña, *Imagen de Dios. Antropología Teológica fundamental*, Sal Terrae, Santander, 1988, pág. 179.

BIBLIOGRAFÍA

- Biblia de Jerusalén, Desclée de Brouwer, Bilbao.
- Catecismo de la Iglesia Católica, Ed. San Pablo.
- FRANCISCO, *Amoris Laetitia*, Ed. Paulinas, Buenos Aires.

Discurso al Comité Directivo del CELAM, Bogotá, 07-09-2017

- PRADO FLORES, José, *Historia de la Salvación, nuestra historia*, Ed. Kerigma, México.
- ROCCHETTA Carlo, *Hacia una teología de la corporeidad*, Ed. Paulinas, Madrid, 2000
- RUIZ DE LA PEÑA, Juan L., *Imagen de Dios. Antropología Teológica fundamental*, Ed. Sal Terrae, Santander, 1988.
- ANDIÑACH, Pablo R., *Cantar de los Cantares, el fuego y la ternura*, Ed. Lumen Buenos Aires, 1997.
- CARDOSO PEREIRA, Nancy, *¡Ah!... Amor en delicias*, Revista de Interpretación bíblica latinoamericana, N° 15, 1993.
- FLICK , Mauricio, ALSZEGHY, Zoltan, *Antropología Teológica*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1981.
- GARRIDO Javier, *Proceso humano y Gracia de Dios*, Sal Terrae, Santander, 1996.